

LEPANTO

LA MAR ROJA DE SANGRE

Àlex Claramunt Soto (ed.)
Proemio de Hugo O'Donnell y Duque de Estrada



ÍNDICE

	Proemio	
	Hugo O'Donnell y Duque de Estrada	IX
1	LA GUERRA EN EL MEDITERRÁNEO DURANTE EL SIGLO XVI	
	Phillip Williams	1
2	LA BATALLA DE LAS FIRMAS: LA NEGOCIACIÓN DE LA LIGA SANTA	
	Gennaro Varriale	43
3	REUNIÓN EN MESINA. ORGANIZACIÓN, LOGÍSTICA Y PLANES DE LA LIGA SANTA	
	Miguel Ángel de Bunes Ibarra	79
4	LA ARMADA OTOMANA: DE LA CONQUISTA DE CHIPRE A LA BATALLA DE LEPANTO	
	Ídris Bostan	127
5	LA LUCHA EN EL CENTRO: DON JUAN CONTRA ALÍ PACHÁ	
	Agustín Ramón Rodríguez González	171
6	LA LUCHA EN EL CUERNO IZQUIERDO: BARBARIGO Y QUERINI CONTRA ŞULUK MEHMED PACHÁ	
	Guido Candiani	207

7	LA LUCHA EN EL CUERNO DERECHO: GIAN ANDREA DORIA CONTRA ULUJ ALÍ	
	Àlex Claramunt Soto	231
8	LA RECONSTRUCCIÓN DE LA ARMADA OTOMANA	
	İdris Bostan	253
9	REPERCUSIONES Y CONSECUENCIAS DE LA BATALLA DE LEPANTO	
	Hüseyin Serdar Tabakoğlu	299
10	«EL SANGRIENTO DESTROZO Y CRUDAS MUERTES». GLORÍA Y MISERIA EN LA POESÍA DE LEPANTO	
	Lara Vilà	329
	Apéndice	371
	Glosario	383
	Bibliografía	387
	Relación de autores	405
	Índice analítico	409

PROEMIO

Hugo O'Donnell y Duque de Estrada

Conmemoramos este año el 450.º aniversario de la batalla de Lepanto, de 7 de octubre de 1571, nombre que ha prevalecido pese a ser de introducción algo posterior y de ubicación meramente orientativa.

Durante algún tiempo, la denominación de «la Victoria Naval» o, simplemente, «La Naval» por antonomasia, como escogió Pedro Manrique para su epopeya, manuscrita y tardía, fue preponderante. Este apelativo solitario se consideró suficiente y definitorio, de la misma manera que para la historiografía otomana lo es el término «la armada derrotada», singular entre tanta victoria, como nos ilustra ahora y en este volumen Idris Bostan.

Este fenómeno se dio, tanto en la documentación «de estado» como en la literatura y en los memoriales o «papelicos» de los meros soldados españoles participantes, conocidísimos después, como Cervantes y Gracián; menos conocidos, como los cronistas Jerónimo de Costiol, Marco Antonio Arroyo, Jerónimo de Torres y Aguilera, o testigos desconocidos como Francisco Arias de Herrera, Diego de Aranda Pineda, Pedro de Bazán, Alonso García Romero, Antonio Mirón, Jerónimo de Vilanova..., combatientes que basaron su pretendida promoción en «hallarse» y sobrevivir a una ocasión tan caracterizada. Pero, los libros históricos y elegías más reputados, prefieren ser más explícitos, encabezados por Fernando de Herrera que complementa su obra dedicada a la guerra de Chipre con el *Suceso de la Batalla naval de Lepanto*, ya en 1572 o Jerónimo Corte-Real entre los poetas épicos.

La razón para situar el combate en Lepanto es más compleja. Destruir este puerto-base otomano, que antes fuera propio, fue uno de los objetivos

iniciales en los planes de la liga cristiana y en especial en los venecianos, y así consta en la documentación conservada. Resulta paradójico que la toma de esta base, en ese momento mal defendida, no se considerara tras la victoria, dándose por satisfechos de un modo incomprensible los liguistas con el gran logro obtenido y urgiendo el descanso y el avituallamiento. En cuanto a la toponimia y en todo lo referente al mundo más o menos oriental, Venecia tenía la última palabra y esa gran base naval, tan peligrosamente inmediata a sus posesiones en el Adriático, constituía una constante obsesión y esto marca huella en toda la historiografía posterior al evento.

La batalla que conmemoramos pudo haberse denominado, tal vez con más propiedad: batalla de Punta Scrofa o de Cabo Scrofa, la Punta del Jabalí, como se conocía desde los tiempos de la navegación cabotera romana este promontorio frontero con las Echinadas de Ovidio y, antes, de Homero; las Curzolares de los venecianos, en *Il sito de Curzolari* dibujado por Tomaso Porcacchi.¹ Porque fue en el sector septentrional del amplio espacio del golfo de Patras, entre ese entrante costero y al sur de la deshabitada isla de Oxia, donde se encontraron ambas flotas tras haber dejado atrás el canal de Cefalonia, entre esta e Ítaca –la «Zefalonia picciola»– y haber abandonado la otomana la seguridad del antiguo y actual Naupacto, de bocana protegida por sendas fortalezas, fuertemente amurallado y artillado y conocido desde el siglo XV como «Lepanto» por la Serenísima. También pudo haberse llamado batalla del golfo de Patras, que es la antesala occidental y entrada de ese gran brazo de mar que es el golfo de Corinto, que separa la península del Peloponeso del resto de Grecia y en cuya primera sección se encuentra Lepanto.

Del lugar concreto de la confrontación habla Fernando de Herrera con ambigüedad náutica: «a ocho millas de Lepanto [...], a una hora de navegación desde ese puerto [...], poco más tarde de haber abandonado la flota cristiana las islas Curzolares [...], afirmando Diego Guzmán de Silva en misiva a Sancho de Padilla, embajador de España en Génova, dos días después del encuentro, que la victoria lograda había tenido lugar: “junto a la boca del golfo de Lepanto”». ² Esto es corroborado por los geógrafos y cartógrafos de la época, que consideraban como golfo de Lepanto a todo el brazo de mar, pero no a la parte de su litoral exterior, en la que *Il golfo di Lepanto* comienza en su propio estrechamiento, sus Dardanelli particulares.

Durante el siglo XVIII la denominación de la batalla es ya concorde y, un poco para disculpar la moda imperante, el *Oratorio* que publicara Francisco Suria en Barcelona, hacia 1746, y para el que pondría música Bernardo Tri, incluía la estrofa: «Llamarse oy puede el Golfo de Lepanto / Teatro del horror y negro espanto» aunque aclarase un poco

más adelante en boca de Liniers: «Si mi aprehension no miente / A la Armada Enemiga, con su gente / Diviso entre la obscura niebla parda, / que cerca de Lepanto nos aguarda».³ La denominación «batalla de Lepanto» es, pues, aceptable por lo tradicional e histórica.

En su momento, el triunfo fue incuestionable y definitivo en la opinión general, como subraya Corte-Real respecto a sus fuentes que seleccionó «*tomando en sustancia de aquellas que aunque de varias partes me fueron traídas al fin se reducían todas a una misma opinión*».⁴ En tiempos recientes, su alcance también se ha cuestionado, con la mira puesta en la rápida recuperación de la flota otomana y en las dificultades para explotar la victoria de los cristianos. No entraremos en el tema, pero sí señalaremos que Lepanto no hizo cambiar el mundo mediterráneo, mas las consecuencias de un triunfo turco, un triunfo más sumado a los terrestres, lo hubieran modificado de un modo drástico. La victoria supuso, además, y como bien subraya el profesor Serdar Tabakoğlu en este libro: la «seguridad moral y confianza» en la que se basaron los triunfos militares y, buena parte de los literarios, españoles y subsiguientes.

Como parte de esta conmemoración, ampliamente justificada, un grupo de acreditados especialistas han expuesto, con claridad y lucidez, sus conocimientos. Cuando ya parecía que todo se había dicho sobre Lepanto, su interpretación y sus múltiples aportaciones resultan novedosas, destacando entre otras: la trascendencia que tuvo la negociación de la Liga Santa en la historia de la diplomacia europea; la concepción de la batalla y campaña como la primera guerra importante en la historia naval turca que resultó en una derrota y en la pérdida de la flota y, como tal, la más influyente de las contiendas navales otomanas, en cuanto a sus resultados; el estudio de la táctica de galeras desde la óptica de las instituciones y de los sistemas que las produjeron; la orden de don Juan de que se serraran las puntas de los espolones de sus galeras, hecho conocido, pero nunca hasta ahora bien explicado; la exaltación, con fines propagandísticos, de las pesadas y lentas galeazas que serían suprimidas al final de la guerra de Chipre; las críticas a Gian Andrea Doria por su actuación y su ardiente defensa por parte de Felipe II; el cómo España acabó por aceptar el hecho de que no podía superar a los otomanos en la carrera armamentística iniciada de construcción y armado de galeras, o la apreciación poética, contemporánea y ambivalente, del suceso.

En la presente publicación se analizan el «antes» —campañas otomanas previas y negociaciones liguistas— el «durante» centrado en los preparativos —circunstancias del embarque y abastecimiento y planes sopesados en ambos beligerantes— y en la propia batalla en cada una de las divisiones

tácticas –centro y cuernos respectivos– y el «después» –inmediato y más mediato– de este acontecimiento. Otras aportaciones, literarias y tácticas completan el conjunto cuyo tratamiento es oportuno hasta en la elección previa de los autores y en la reunión en una sola obra de investigadores y opiniones de tres naciones diferentes y herederas de las potencias en liza en 1571: turcos, italianos y españoles.

En efecto, solo los súbditos de Felipe II –españoles e italianos– los del papa, los de Venecia, los del gran maestre melitense y los de Génova y otros «potentados» menores italianos, participaron en nombre de la cristiandad en esta última cruzada. Se echó de menos a las demás potencias, pese a los intentos pontificios por atraerse aliados para la jornada. Isabel Tudor no fue requerida, porque ya la había excomulgado el propio Pío V poco antes, por asumir la jefatura de la Iglesia de Inglaterra; quién sabe, sin embargo, si de no haber mediado esta bula hubiese aportado algo más significativo que lo meramente testimonial, ya que una vez conocida la victoria de Lepanto, ordenó celebraciones públicas y felicitó a su cuñado animándole a proseguir su ofensiva contra los turcos. En la Francia de Carlos IX –sombra difusa velada por Catalina, su madre–, inmersa en sus guerras de Religión, prevaleció la «razón de estado» y la oposición a cualquier engrandecimiento de la casa de Austria y de hecho firmó sus propias componendas con Selim II, en un marcado continuismo de la política de Francisco I.

Chesterton, autor del soberbio poema sobre Lepanto, escrito antes de su conversión al catolicismo, se referiría al imperdonable absentismo de ambos reinos: «The cold queen is looking in the glass. / The shadow of the Valois is yawning at the Mass».⁵ Por lo que se refiere a la primera, evoca el rumor de su orden de retirar todos los espejos que tenía en su dormitorio para así evitar contemplar su aspecto demacrado. El simbolismo del bostezo real francés, se anticipa en veintidós años a Enrique IV y su coronación de 1593 y al tópico cultural originado por su frase, probablemente apócrifa, pero muy representativa de la actitud poco devota y general de la monarquía «Muy Cristiana»: «Paris vaut bien une messe».

Los intentos con Portugal fracasaron de una manera más sorprendente. El también joven e inmaduro don Sebastián se reservaba para realizar su propio sueño contra el reino de Fez que le llevaría al desastre de Alcazarquivir, ocho años más tarde. Corte-Real, como buen portugués, le disculpa por no participar en una empresa que: «Quasi la Christiandad toda substenta / Y quasi toda su favor rescibe / Pues el Rey Lusitano está impedido / Con las continuas guerras de Oriente [...]».⁶ La Signoria, por su parte, pidió auxilio al príncipe de Moscovia y al patriarca de Cons-

tantinopla a fin de sublevar a los ortodoxos del que iba a ser teatro de operaciones y de Morea, que aguardaban al más poderoso para definirse, pero Selim II se le había adelantado, por cuestión de días, con el acuerdo de pacificación de las fronteras con Iván el Terrible. La tregua pactada de Adrianópolis con el «tornadizo» Maximiliano II, que mantenía a este al margen de todo proyecto obstaculizador de los del sultán durante los siguientes ocho años a contar desde 1568, fue en especial dolorosa para el rey español, pero le permitió aparecer como verdadero representante de la casa de Austria, lavando la mancha del emperador. Por esta razón en algunas representaciones pictóricas de la batalla se arrojan en el águila bicéfala los paños de varias banderas españolas a las que ya no les correspondía este timbre y la literatura encomiástica se manifieste en este sentido, recordando la condición paterna de cabeza de la estirpe y la de miembro destacado, aunque extramatrimonial, de su hermanastro, y capitán general de la Mar y de la Liga: don Juan, en un sinnúmero de poemas. En apariencia descontextualizados del momento histórico, los vates actuales siguen la misma pauta: así el canario Tomás Morales: «¡Don Juan de Austria! Sol de caudillos [...] Hispania avara / De ti recibe su más sonora pompa guerrera: / tu heroico nombre Carlos legara / para decoro de la alta popa de una Galera [...] y Osvaldo de Luis: “fue herencia de tu abuelo muy galano / y de tu padre tanta fortaleza, / ¡oh, vástago imperial y regio hermano!”⁷ Porque Lepanto sobrevive potente entre nosotros, desdiciendo, por el momento, a la mejor poesía heroica en lengua castellana: «Vendrá tiempo en que tenga / Tu memoria el olvido, y la termine [...]».⁸

NOTAS

1. Porcacchi, T., 1620.
2. AGS E., leg. 1401, 48.
3. Surià, F., 1746: *La Nave Victoria: oratorio sacro historico que en accion de gracias al inmortal triunfo, que en el golfo de Lepanto, contra la soberbia othomana, concedió la Virgen de la Victoria a las catholicas armas, Barcelona.*
4. «Prólogo a la magestad del Rey Philippe», en Corte-Real, J. de, 1575: *Espantosa y felicissima vitoria...*, BN, Mss/3693.
5. Chesterton, G. K., 1911, 374-378.
6. «Espantosa y felicissima victoria...», 7.
7. Morales, T., 1914. Luis, O. de, 2014: *Soneto a Juan de Austria*, en <<https://www.poemas-del-alma.com/blog/mostrar-poema-284756>>.
8. Herrera, F. de: «Canción en alabança de la Divina Magestad por la vitoria del señor don Juan de Austria en la batalla de Lepanto», 1572.